

terreno igual al que hoy ocupa el partido del mismo nombre, estaba gobernado por los *Cocomes*, descendientes, según Landa, de los antiguos reyes de Mayapán.

Al oriente de la Península se hallaban situadas las provincias de *Choacá* y de los *Cupules*, sin que nos sea posible fijar con alguna exactitud los límites de cada una. Nos limitaremos á consignar el hecho de que en la comprensión de la última se hallaba el pueblo de *Zaci*, donde después fué fundada la villa de Valladolid.

La provincia de *Cochvá* ó de *Cochuah*, de que se habla bastante en la historia de la conquista, debía estar situada al sureste de la Península. Según el Dr. Aguilar (25), el cacique *Cochuah* tenía su corte en Ichnul.

Nada, en fin, tenemos necesidad de decir al lector sobre la situación de las provincias de *Bakhalal* y *Chetemal*, porque le bastará arrojar una mirada sobre el mapa actual de Yucatán para reconocerlas.

---

(25) Extracto citado.

## CAPÍTULO XIV

Usos y costumbres de los mayas.—Comercio.—Agricultura.—Moneda.—Trajes.  
Indole y carácter del pueblo.—Sus vicios y sus virtudes.—Conclusión.

Creemos muy necesario arrojar la última mirada sobre los mayas y su civilización, antes de referir la campaña memorable que acabó para siempre con su Imperio. Un rápido examen sobre su índole y sus costumbres nos bastará para el objeto que nos proponemos. Haremos notar de paso que, hasta aquí, los historiadores han querido juzgar á los mayas por el tipo de sus descendientes, que han podido examinar en los tiempos posteriores á la conquista española. Este sistema ha producido no pocas inexactitudes, que nosotros procuraremos evitar juzgándolos como debieron ser en la época de su esplendor.

El maya ha sido acusado de indolente y apático. Aunque para contestar á esta inculpación bastaría recordar el gran número de construcciones con que dejó regado el suelo de la Península, vamos á decir dos palabras sobre el estado floreciente en que se hallaban el Comercio y la Agricultura, los cuales, á la vez de servirnos para pintar las costumbres de aquel pueblo, vendrán á demostrar también que se hallaba dotado de actividad y amor al trabajo.

El Comercio se hallaba tan adelantado en Yucatán, que poseía una marina mercante, compuesta, es verdad, de embarcaciones pequeñas, pero la única tal vez del hemisferio occidental. Los mismos príncipes no se desdeñaban de

ejercer esta profesión, y de ello tenemos un ejemplo en el viaje que, según Landa, emprendió el hijo de Cocom á Honduras pocos días antes de la destrucción de Mayapán, y el cual sólo había tenido un objeto mercantil (1). Los mercaderes llevaban á los países extranjeros sal, ropa, maíz y otros productos de la Península, y ellos en cambio se proveían de cobre para sus hachas, de oro y plata para el adorno de sus personas y sus templos, y de algunos otros objetos que creían de fácil realización. La compra y venta de esclavos era uno de los ramos más productivos de este comercio (2).

La moneda de que más comúnmente se usaba en los mercados era el cacao y ciertos cascabeles de cobre, cuyo valor era proporcionado al tamaño (3). También se usaban como moneda ciertas piedras preciosas y conchas raras, que se traían del Extranjero, y que á la vez servían de joyas á los señores. Landa refiere un hecho que no deja de ser singular en la historia del Comercio: asegura que había tanto desinterés en las relaciones mercantiles, que los comerciantes se fiaban y prestaban mutuamente, sin usura de ninguna especie.

La Agricultura debía estar también muy adelantada entre los mayas, porque de otra manera no podría concebirse la subsistencia de sus grandes y numerosas ciudades. Los terrenos, que, como hemos dicho, eran cultivados en común (4), se cosechaban bajo la inspección de la autoridad, y los granos se depositaban en trojes y sitios especiales, para distribuirlos después según las necesidades de los pueblos.

(1) *Relación de las cosas de Yucatán*, § IX.

(2) *Obra citada*, § XXIII.

(3) COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, libro IV, capítulo III.

(4) Parece que estaban excluidos de esta regla general los terrenos en que se cultivaba el cacao y otros árboles preciosos, en que bien podían tener propiedad los señores.

Además de su actividad y amor al trabajo, los mayas tenían otras virtudes dignas de ser consignadas en la Historia. Eran hospitalarios con sus compatriotas, y el viajero que tenía necesidad de recorrer grandes distancias, podía estar seguro de que entrando en la más humilde cabaña, no sólo encontraría un abrigo para reposar de sus fatigas, sino también el alimento necesario para recobrar sus fuerzas. Cuando un grupo de caminantes se detenía en el campo á comer, todos los transeuntes eran cordialmente invitados á participar del rústico banquete (5).

La sobriedad era otra virtud característica del pueblo que nos ocupa. Su principal alimento era el maíz, de que hacía el pan y bebidas de muchas clases. Careciendo el país de ganado lanar y vacuno, no comía más carne que la de los animales monteses que cazaba. Esta se servía en la comida, que generalmente se hacía al anochecer, y su falta, que era harto frecuente, se suplía con legumbres. Durante el día no se tomaba ordinariamente otro alimento que las bebidas que se preparaban con el maíz. Solamente se prescindía de esta sobriedad en las grandes solemnidades, civiles ó religiosas, que por lo común terminaban con un espléndido banquete, en que se embriagaban todos los circunstantes. El vino se fabricaba con agua, miel y la corteza de un árbol llamado *balché*. Los conquistadores, que desdeñaban hablar el idioma de la raza vencida, dieron á esta especie de licor el nombre de *pitarrilla*.

El pudor era otra virtud del pueblo maya, que resaltaba especialmente en la mujer; y si los trajes que usaban pudieron parecer ligeros al conquistador europeo, debe tenerse presente que ni los pueblos primitivos hicieron nunca un crimen de la desnudez, ni el clima de la Península se presta á trajes en que la demasiada tela acalore mucho el cuerpo. El hombre usaba de la faja ó listón, que, según

(5) LANDA, *ubi supra*.

hemos dicho ya, se llamaba *with* ó *ex*, y además se cubría las espaldas con una manta cuadrada, que generalmente llevaba anudada sobre los hombros. Su calzado eran unas sandalias de cuero de venado, que se sujetaban á las piernas con cordeles de henequén. Usaba el cabello largo, excepto en el centro, en que se lo quemaba, y con el que crecía en la circunferencia se formaba una especie de guirnalda alrededor de la cabeza. Se horadaba las orejas, para colgarse los zarcillos de que usaba, y se teñía la piel con pintura roja y de otros colores, especialmente si era guerrero. Tenía también á gran virtud el sujetarse á operaciones dolorosas, para labrarse el cuerpo de una manera indeleble. El oficial encargado de ejecutar estas operaciones señalaba primero con tinta las figuras que debía grabar, y después las cortaba con cuchilla de pedernal, que bañaba en sangre al paciente. El que no se sujetaba siquiera por una vez en su vida á este martirio, era tenido por un cobarde.

El traje de las mujeres era una saya, que se sujetaba en la cintura y caía hasta la mitad de la pierna. Llevaban en la cabeza unas tocas blancas cuando salían de sus casas, para preservarse del sol. Se asegura que las mujeres de Campeche, Bacalar y otras provincias de la costa, usaban además una manta doblada con que se cubrían el pecho (6). Labrábanse y teñíanse el cuerpo lo mismo que los hombres, aunque para esta última operación usaban de aguas olorosas, á que eran muy aficionadas. No sólo llevaban zarcillos en las orejas, sino también en la nariz, á cuyo efecto se les hacía una incisión en la ternilla desde su niñez. Traían el cabello largo; generalmente lo dividían en dos partes, y formaban trenzas para hacerse tocados de distintas formas. Aparte de estas cualidades físicas, la mujer maya tenía grandes virtudes, de que no pocos testimonios ha recogido la Historia. Era hacendosa, amaba el hogar do-

(6) *Relación*, de LANDA, § XXXII.

méstico, servía á su marido con cariño y educaba á sus hijos con esmero. El obispo Landa habla con calor de la honestidad, de la hermosura y otras grandes cualidades de estas mujeres, y no tiene embarazo en darles la preferencia sobre las españolas (7).

Hemos hablado de las virtudes de los mayas, de su civilización, de sus adelantos en las ciencias y en las artes, de todo, en fin, lo que ha hecho de ellos uno de los pueblos más célebres de la antigua América. Vamos á echar ahora una rápida ojeada sobre las sombras de este cuadro, sobre los vicios principales de que adolecían. El maya era cruel, sanguinario, hipócrita y supersticioso. Podía además ser tachado por su insociabilidad, por su propensión á la embriaguez y por su odio implacable contra todo lo que era de origen extranjero.

De su crueldad y su inhumanidad tenemos un ejemplo en la suerte que reservaba al vencido en la guerra. No se contentaba con matarle ó esclavizarle, sino que después de muerto le descuartizaba friamente, tomaba alguno de sus miembros, separaba la carne y se colocaba los huesos en el brazo, en señal de victoria. Este trofeo repugnante se ostentaba en los bailes, en las ceremonias religiosas y en los actos de la vida pública. El odio contra el enemigo no se detenía en su persona: se extendía á su mujer, á sus hijos, á su hacienda, á sus ciudades, á todo, en fin, lo que le pertenecía. Quizá á esta negra sombra del carácter nacional se deban las numerosas ruinas de que está sembrada la Península.

El maya era también hipócrita y taimado, merced tal vez á la educación que recibía del sacerdocio y á la obligación que se le impuso de afectar unción y alegría en las ceremonias más repugnantes del culto. Cuando Francisco Hernández de Córdova tocó la primera vez en Cabo Catoche,

(7) El mismo, § XXXI.

cuando los indios no podían saber nada todavía de las intenciones de los españoles, el cacique de aquel lugar los atrajo con mentidos halagos á una emboscada, que por poco cuesta la vida á los extranjeros.

La superstición, que dominaba el carácter de los mayas y que insensiblemente los condujo al fatalismo, también fué probablemente una triste consecuencia de la educación sacerdotal. Acostumbrado á depender del sacerdote para todos los actos de la vida pública y privada, á que le revelase la voluntad de los dioses, á que le curase en sus enfermedades, á que le dijese el día en que debía sembrar y cosechar sus sementeras, el maya se olvidó de pensar por sí mismo y cayó en la mayor degradación. Este sistema fué de fatales consecuencias para los mismos que lo explotaron en su favor, porque desde el momento en que el pueblo vió vencidos á sus dioses y á sus sacerdotes por el conquistador europeo, los condenó al olvido y adoptó fácilmente la religión del vencedor.

Había en el carácter maya cierto fondo de melancolía, ó tal vez de salvajismo, que lo inclinaba al retraimiento. Esta propensión, que, según veremos después, se desarrolló con más fuerza en la época de la dominación española, existió también en los tiempos anteriores á ella, sin ser combatida por la autoridad pública. Veíase muy frecuentemente á un padre de familia cargar con su mujer y sus hijos, armar una choza en medio del bosque y establecerse en ella para siempre. Con el tiempo venía tal vez otra familia á establecerse á inmediaciones de la primera; otras la seguían después, y así se formaba insensiblemente un grupo de habitaciones, en que la gran distancia que las separaba equivalía al aislamiento. De esta costumbre, que llegó á generalizarse demasiado, vino sin duda la noticia consignada en los historiadores españoles de que la Península estaba tan poblada, que parecía toda una sola ciudad.

Se ha acusado alguna vez al conquistador europeo de haber enseñado á los indios el uso del aguardiente con el objeto de degradarlos. Esto no es exacto. Ya hemos dicho que en el país se elaboraba un licor especial con la corteza del *balché*, y todos los recuerdos que se conservan de aquella época remota aseguran que corría con abundancia en todas las festividades públicas, en que generalmente se embriagaban los circunstantes. Las mujeres, que nunca bebían ni comían con los hombres, tenían la obligación de levantar á los beodos y conducirlos á su habitación (8).

Dominaba en el carácter maya un odio implacable contra todo lo que era extraño á su país. El extranjero, por el simple hecho de serlo, era condenado á muerte ó á esclavitud perpetua. Cuando hablemos de Jerónimo Aguilar y sus compañeros, veremos que, luego que arribaron á Yucatán, no en son de guerra, sino después de un naufragio que los había reducido á la mayor miseria, unos fueron conducidos al suplicio y otros reducidos á la servidumbre. Esto no se hizo porque fuesen españoles ni porque se tuviese noticia de que éstos andaban conquistando la América, sino simplemente porque lo mismo se practicaba con todos los extranjeros. Cuando Juan de Grijalva aportó, en 1518, á Cozumel, encontró allí una india de Jamaica, quien le refirió que dos años antes, habiendo naufragado diez compañeros suyos en la costa de aquella isla, sus habitantes los habían cruelmente asesinado (9). Estos actos de barbarie, cometidos contra extranjeros indefensos, quizá no tuvieron otro origen que el deseo de vengarse de los caribes que ejercían la piratería en las costas de la Península. Pero la desconfianza y la ferocidad del carácter nacional hizo que esta especie de represalia degenerase bien pronto

(8) LANDA, *Relación*, § XXII.

(9) BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, capítulo VIII.

en costumbre y se hiciese extensiva á todo forastero que se presentase en sus costas.

No creemos haber omitido ningún detalle esencial de los que nos ha conservado la Historia respecto del pueblo maya, uno de los más dignos de ser estudiados de la América antecolumbiana. Como habrá observado el lector, sus vicios y sus virtudes, su misma civilización imperfecta, no lo hacen mejor ni peor que otros pueblos antiguos de Europa, con los cuales tiene no pocos puntos de contacto. ¿Qué eran los galos hace dos mil años? Eran unos hombres rudos, á quien los romanos llamaban con razón bárbaros, que tenían armas de cobre, pero no de hierro, que apenas conocían la escritura, que no usaban libros y que transmitían de viva voz sus lecciones políticas y religiosas. ¿Qué eran los germanos hacia la misma época? ¿Qué eran, en fin, los mismos griegos hace treinta siglos? Crueles y supersticiosos, como los mayas, también sacrificaban víctimas humanas á sus dioses, también odiaban á muerte al extranjero, también se adornaban con los despojos fúnebres de su enemigo vencido para hacer alarde de su valor.

¿Pero por qué mientras varios pueblos del continente oriental habían llegado á un alto grado de cultura, los del occidental permanecían todavía en la barbarie? ¿Eran más nuevos que aquéllos sobre la tierra? La raza americana ¿era una raza estacionaria, como algunas asiáticas y africanas, ó su civilización se hallaba en decadencia, como pretende el abate Brasseur? Cuestiones son estas demasiado elevadas quizá para el que sólo escribe la historia de una pequeña porción de la América. Pero cualquiera que sea el origen de este fenómeno, el hecho es que el atraso intelectual existía; y por una de esas leyes providenciales, que siempre han regido en las evoluciones de la Humanidad, la raza que se había detenido en los dinteles de la civilización iba muy pronto á ser dominada por la que había recorrido en el mismo tiempo varias de sus etapas.

Si; había llegado para los mayas, lo mismo que para todos los americanos, la hora en que un pueblo más adelantado que ellos viniese á disputarles la posesión de la tierra en que nacieran. Iban á pasar por la misma crisis dolorosa que allá en tiempos muy remotos atravesaron los galos, los iberos, los sajones, los germanos, todos los pueblos, en fin, que después han llegado á un alto grado de cultura. La tierra iba á empaparse con la sangre de los combatientes; pueblos enteros debían desaparecer de la arena, pero todo un hemisferio debía ser ganado á la civilización; las riquezas de todo género que la Naturaleza ha esparcido en su suelo, iban á desparramarse por el orbe entero; y ese gran todo que se llama Humanidad, debía sacar una utilidad positiva de esta evolución, la más notable que recuerdan los siglos. Si la raza americana pierde en la contienda su autonomía, ella se amalgama con el transcurso de los siglos á la de sus dominadores, y de esta fusión nace una nueva raza, vigorosa y activa, que ya ha vuelto á la América su antigua independencia, y cuyos altos destinos se revelan en los grandes pasos que ha dado en el sendero de la civilización.

---